

HISPANOAMERICA A LA VISTA

CRONICA DEL FESTIVAL DE FOLKLORE
HISPANOAMERICANO DE CACERES

POR •

MANUEL ORGAZ

En el Festival de Folklore Hispanoamericano de Cáceres se han reencontrado la guitarra y la quena.

Hasta que llegaron los españoles, América, que no sabía su nombre, chillaba la música de las montañas, de las selvas, de las llanuras, imitando el batir de alas de los cóndores, el quejido de las nubes, el pizicato de las aves, con cien instrumentos de carrizo, todos como la flauta de Pan. Pero a estas syringas les faltaba el temblor de la cítara.

Los indios americanos se introducían las cañas melódicas en la nariz. Oían la música, no la besaban.

Tuvo que llegar la guitarra española con cuerdas húmedas de su Andalucía atlántica, seis trenzas de pelo prieto y tirante, alabeando el aire. Con su ombligo sonoro de maternidad. Con la curva femenina de sus caderas, mecidas de la casta renaciente de la vihuela.

Tuvo que llegar la guitarra española para que el indio, huérfano de amor, temeroso de dioses horribles, se refugiara en su seno de madre y aprendiera a beber, como en pezones femeninos, en los caños sonoros nacidos de una silueta de ánfora.

Porque América, que ignoraba su nombre, desconocía las cuerdas musicales.

¿Cómo explicarían sus poetas la noche y las estrellas, los Andes y la llamada del Pacífico, los huracanes atlánticos, sin tener entre sus dedos las seis cuerdas paralelas unidas en el infinito de la copla?

Sólo sicus y antaras y quenás, chillaban como pájaros sorprendidos y dolorosos; mientras la nariz del indio, como trompa de carrizo o de bambú o de millo, venteaba el mismo soplo que acababa de henchar, lejos, las lonas de las carabelas.

En este Festival se han reencontrado América y Extremadura.

Porque Cáceres, Plasencia o Trujillo tienen su milagro de piedras y apellidos tan ligados a las Indias que sus nombres mismos, multiplicados en la geografía, ya no son sólo españoles y sí hispánicos. Y aquí se firmaron las capitulaciones de los Reyes —agudo Fernando, materna Isabel— del descubrimiento. Aquí nacieron los capitanes y ahora han venido los de Hispanoamérica.

Esta vez el reencuentro vino a través de la canción y la danza. Y ha sido alta ocasión en que los usos melódicos populares conozcan su fraternidad de origen. Todos nos hemos enterado de cómo a la hermandad de la lengua de nuestros pueblos se une la familiar ocasión de la música. Es que a esta comunión de cultura, de religión, de idioma, le faltaría —siendo presente, siendo esperanza— comunidad de recuerdo en lo más difícil, íntimo de las naciones: la fusión de música, de cantos

y danzas; la confusión de instrumentos, el parto de las melodías mestizas.

El folklore es aquello que les queda a los pueblos cuando los incendios históricos han calcinado las piedras.

Al indio pentafónico y triste de las cañas y del baile de saltos, le sorprendió la viril y recia jota de los conquistadores, la "g" de sus guitarras. Y al mismo tiempo que aprendía la lengua común para entenderse con todos los demás de América y la religión para hablar a Dios, enriqueció el rincón íntimo de su vida, el mundo emotivo del folklore, como bautizando también las melodías.

Las misiones incorporaron las liturgias paganas, salvándolas en su arte, sustituyendo los ídolos por santos.

Así llegó la gran nueva de fusión musical que este Festival ha redescubierto: la nueva del folklore mestizo. Porque también las músicas de distinta raza pueden amarse y parir hijos.

PELÍCULA DEL FESTIVAL: EL DESFILE. LA CATEDRAL
Y LAS BANDERAS.

Cáceres, la capital de la Alta Extremadura, es una ciudad lanzada, galvanizada por un audaz plan provincial de industrias, riegos y comunicaciones, que van a dar la réplica del río Tajo a lo que ha hecho Badajoz con el Guadiana. Y en su plaza central, soportales y una torre mora, se abre el arco de Churriguera que lleva a la ciudad antigua, escultura de silencio, edificada por hombres que volvían de América: la maravillosa empresa.

Desde esa plaza mayor sale hoy el cortejo del folklore hispánico: las bombachas de los gauchos blanquinegros —uno tiene la recia estampa de Martín Fierro—, las mantas multicolores o sordas de los indios bolivianos; los gauchos distintos —pero tan semejos— de Rio Grande do Sul; las rayas multicolores de los choros cariocas; llaneros, indios y negros de las costas colombianas; fina elegancia andaluza de los huasos de Chile, y las ecuatorianas de graciosos combreritos casi canarios. Entremezclados todos, combinando colores, voces, pasos, luces, los grupos españoles: increíbles monteras miniadas que llevan como alcaldesas las muchachas de Montehermoso —las de los espejos de soltera que romperán al casarse—; los baturros de pañuelo y zapatilla blanca y fajas bermejas. Y la fina corola de las muchachitas filipinas con sus trajes de sarao decimonono; los paraguayos que tienen al niño Nicolasito, arpista prodigioso y mascota de este Festival; contraste entre la policroma seriedad de los montañeses peruanos y el atuendo blanco, rojo pañuelo, de un cuatrismo de Venezuela. Y la representación

mejicana —con una princesa azteca al frente— con charros de impresionante estampa, indios totonacas, mayas, nahoas.

Desde la plaza mayor sale el cortejo del folklore hispánico hacia la cacereña plaza de Santa María y, en su Catedral, se prosterna ante la Virgen, mientras llena el ámbito del templo la “Salve Regina” del venezolano Angel Lamas. Otro gran músico —el argentino Rodríguez Fauré— conjunta los coros y la Orquesta Sinfónica de Cáceres.

Luego, el desfile retorna y ante la gran escalinata del Ayuntamiento se izan los pabellones de los países participantes, mientras las bandas cubren con himnos de naciones de América, Filipinas y España el mismo aire que besa las banderas.

EL ARPISTA NICOLASITO. HUAYOS DE BOLIVIA
Y PERÚ. MADRIGAL. LOS JOROPOS DE VENEZUELA.

Ha empezado el Festival. Es esa hora mágica en que atardece y anochece a la vez. El coso ibérico contempla ahito de público, pandereta multicolor, a doce países que cantan y bailan para Extremadura, su cuna.

Ha empezado el Festival. ¿Cómo tiembla el arpa del niño paraguayo en “El pájaro campana”, en un solo del “Colorado”, en la “Galopera”! Un hombre toca, una mujer baila. La guarania redescubierta por José Asunción Flores es evocación de folklore, digno de ser verdadero. Y sin transición los indios de Bolivia, en el nudo del prodigioso folklore suramericano: un “khaluyo” o huaino del Sur, una cueca y el regalo del “huyño” de la gran rueda, en torno de la extraña música de los sicuris, cuando los pasos de farruca y alborada —encuentro increíble— rematan en el alarido de llamada a los cóndores de la sierra, detenidos en su giro. Y sin transición el gran arpista peruano Florencio Coronado dando calidades de gran concierto a temas autóctonos depurados.

Y ahora, contraste súbito, saltan al ruedo de las faldas de las mozas, esas bellas, enjoradas canciones del riquísimo folklore extremeño. Es el Grupo de Madrigal de la Vera: cubanas, tapiales, el trébol, rondas y rondeñas —aquí se dan la mano por el fandango Andalucía y Extremadura, como luego se la darán, por el fandango, Hispanoamérica, Filipinas y España—. ¿Os asombra que después de esta explosión de populares cacereñas, un cuatrista venezolano —Rafael Carías— interprete con su guitarra reducida la mágica constelación de los joropos, golpes y galerones? Es la versión hispano-caraqueña de los vales románticos, pareciendo responder al eco de merengues y merecumbés nacidos un día de los aguinaldos y villancicos españoles.

“¿Andalucía?”, se preguntan las gentes cuando llegan estos hombres de ancho sombrero, chaqueta breve, pantalón justo; estas mujeres de amplia falda y pañuelo en la mano. Es la estampa campera, plena de sobria elegancia, de los huasos chilenos de Raquel Barros —huasos que en la vida real son arquitectos, ingenieros o médicos—. “Allá voy”, dicen en la tonada chilena. Y allá va el bellissimo tejido de pasos y mudanzas de la “cueca”, la danza reina del Pacífico, que ejerce su imperio en las Costas de Chile y Perú —donde la llaman “marinera”— y hasta en el Estado de Guerrero, en México, donde se sigue llamando “la chilena”. De la cuna folklórica más importante de Sudamérica, la “zamacueca” se desdobló por gala en dos: la “zamba” argentina, fecundada por el fandango, y la “cueca” chilena, mezcla de soleares y bulerías del Pacífico, donde los pañuelos bailan como pequeños mantones criollos. De las misma casta he visto a doncellas del Bajo Perú bailar la “refalosa”. Sí, como en su estribillo, aquí está la “cueca”, el baile prodigioso de herencias gitanas —y que me perdone Carlos Vega— donde la mujer esquiva y mueve el pañuelo y levanta la enagua y baja los ojos para no rendirse y mueve esa mano empañolada a la altura del pecho y sin llevarla atrás —porque ya sería “marinera” peruana—; y el huaso la asedia y los “sí” del refrán, y la burla y las vayas esmaltan su alegría de tono mayor, mientras el ritmo de tientos, de habanera, va siguiendo, rondando, perdiendo, reencontrando el motivo, los paseos, la quimba, hasta que las dos miradas, la de ella al fin alzada, se derrotan mutuamente. Este grupo chileno —una de las valoraciones máximas del Festival— sigue por fandangos; es la danza de la “resbalosa”, nueva alegoría de pañuelos, baile de cuadro, pero no de esquina, porque el “esquinazo” —nuestra serenata— llegará después. ¡Viva Chile!—grita alguien y, con él, nosotros.

Una pausa para cruzar los Andes y llegan a nosotros la planta viril del gaucho argentino, en este conjunto criollo cuyo mejor mérito está en la pureza de su folklore, en el “huayno” de las “Dos palomitas”; sobre todo en los bellos, auténticos, románticos bailes de parejas “El Cuando” y “La Firmeza”. Porque al fragor de los terremotos andinos que los indios del Norte remedaban en la persecución de los troncos de árboles, de la piel de los rumiantes, sucedió el galope de los caballos de la Conquista, el zapateado de las botas y espuelas, el rito de las vacadas de la Pampa, donde reflorecía el otro zapateado del “malambo” y del “pericón”.

Hace algunos años, un muchacho inquieto y espigado, nacido en la ciudad cacereña de Plasencia, se empeñó en que el rico saber popular de su Extremadura no se perdiera para siempre. Recorrió los campos, las plazas, las fiestas, las casas; habló con los ancianos y con los jóvenes, consultó los archivos, aprendió a tañer los instrumentos sencillos del pueblo, dibujó su indumentaria. Y con todo ello y su corazón, su voluntad y la ayuda de muchos, creó los Coros Extremeños de Plasencia, que no abandonarían hasta que fueron obra hecha y viva. Hoy, pocos años después, Manuel García Matos —autor del “Cancionero de Extremadura”, catedrático de Folklore del Real Conservatorio de Madrid— contempla a estos coros, criatura suya, que nos traen la auténtica voz y paso del valle del Jerte. Al rebasar el número máximo de participantes y el tiempo de actuación, generosidad de arte, el grupo perdía un primer premio en el Festival, que bien tenía ganado por su perfecta versión del “Son brincao” o de los “Bailes placeros”. Fallo justo, severo, de un Jurado que presidía, precisamente, el propio García Matos. Y sigue, en esta ya noche cacereña, el conjunto “Sertanejo” del Brasil ofreciéndonos estampas tan finas como la de un “azulao”, modo directo y popular del noroeste brasileño, y después la obsesión sincopada, alucinante del “frevo”, el baile pernambucano ferviente de ritmo; y el estribillo y embolada del “coco” monótono, redoble en los pies de los danzantes, redoble en los aplausos del público cautivado. Y ahora, de nuevo, bellos bailes de la Vera —esta vez por el grupo del pueblo de Villanueva—, jotas y fandangos, normas ibéricas de la danza.

BALLET MAYA Y AZTECA

Al final de la primera velada, la admirable sorpresa de luz, color, belleza, folklore imaginado del “Ballet Maya y Azteca” de Javier de León. Cómo reflejar el desfile plástico, maravilloso de esta recreación. Apoyado en elementos auténticos —trajes, instrumentos— complementados con músicas y bailes a veces recogidos en la realidad o bien inspirados en motivos próximos, el espectáculo sobrepasa lo imaginable. Juega la pantomina de la “Entrada del Rey Moctezuma”, sigue el folklore puro de las danzas de actores o “Ixtoles”, danza de cintas del Yucatán, para después seguir la coreografía obsesiva del “dios de la música”, “Ku Kul Kan” y las bellas estampas de caza del “Ballet de Yumil Kax”. Las danzas guerreras aztecas terminarán con la impresionante y espectacular “danza de los quetzales”, de los indios nahoas, deslumbrante arco iris de plumas sobre los cabellos negrísimos, sortilegio de